



Dolores Ibárruri, «La Pasionaria».

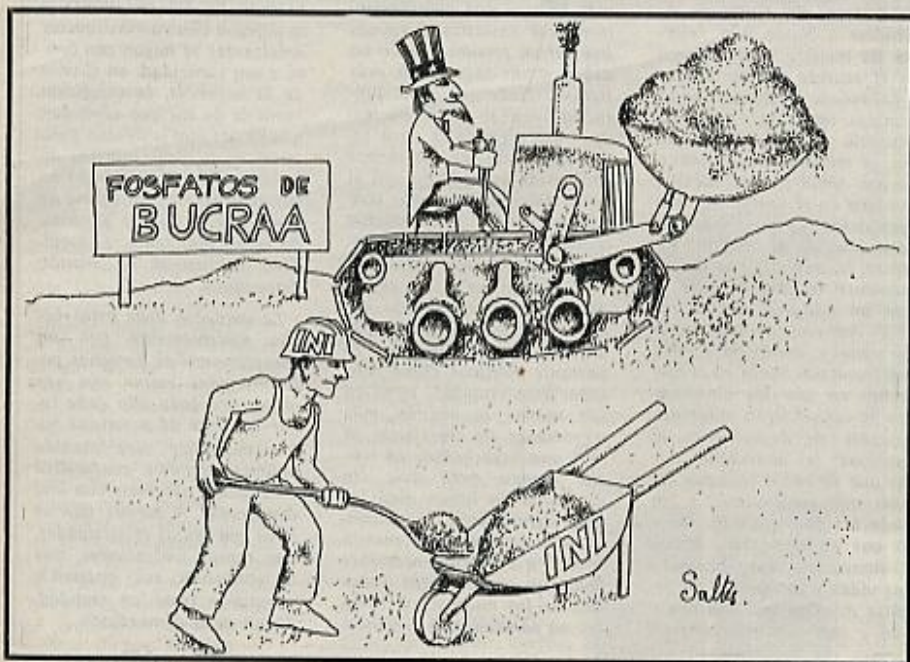
nada. En las gradas de las representaciones extranjeras explota la blanca, senatorial presencia de Alberti, autor de un poema en ocasión de la fiesta. En primer plano, «La Pasionaria» aplaude a quienes le aplauden. Presenta el acto, ofrece el homenaje, una militante italiana, que recuerda la imagen de Dolores como una feminista avant la lettre. Berlingüer realiza un discurso suficiente, frío, inteligente, enmarcador, muy berlingüeriano, me dicen los que conocen a Berlingüer, y luego se sorprenderían ante su estallido emotivo final. Longo hablaría entre las ruinas de su cuerpo, minado por la hemiplejía, en un tremendo esfuerzo dictado por revivir su propia juventud, encajada en la historia de nuestra guerra civil. Alberti recitaría con majestad su propio poema, devoto por encima de todo del símbolo femenino encarnado por Dolores...

Carrillo hizo el discurso político «coyuntural», sentando la posición de los comunistas ante la

nueva situación política española: amnistía, retorno de los exiliados, plenas libertades democráticas. Fue un discurso en italiano, en honor a los dieciséis mil italianos que respaldaban el acto desde sus butacas, en un italiano que según confesión del propio Carrillo en las palabras de introducción: «...van a entender más los españoles que los italianos». Y finalmente, Dolores se levanta, avanza decidida hacia el micrófono, con una zancada de bailarina del Bolchoi, en una evidente demostración de que va más ligera que Longo o Nenni. Llega ante el micrófono. Por ahí anda la nieta de Dolores, Lolita, adolescente de ojos cierváticos en la que cruza la huella de la última hija que le queda a la Ibarruri y de su marido soviético. Pero la voz de la Ibarruri recuerda que durante buena parte de su vida fue una mujer más española: católica, sufrida, en una familia de mineros, católicos, sufridos y carlistas. Políticamente dijo lo que era de esperar. Desarmó y sorprendió con su reivindicación del nuevo catolicismo democrático español, incluso con su cita directa a Tarancón. Recordó varias veces que era vasca, recordó a los vascos, recordó a los que eran y no eran de su propio partido. El clamor ciega las palabras de definitiva clausura en los labios de Berlingüer. Una y otra vez. Finalmente, sobre el clamor, contagiado por el clamor, Berlingüer «se calienta», se encarama sobre su propia frialdad y explota en una maravillosa despedida, llena de fe y esperanza en una España normalizada y democrática.

Ni un exabrupto. Doy testimonio. Nunca fue un acto de desquite, ni siquiera dominado por la nostalgia. Todo el acto tuvo un tono de propuesta, de normalidad, de esperanza en un fin de fiesta definitivo, coexistente, en Madrid. Por los altavoces, canciones de Raimon y Luis Pastor perseguían la retirada de los veinte mil

Dediqué mis últimas horas romanas a los descampados de Ostia, donde apareció el cuerpo muerto, apaleado, de Pasolini. Había llovido y el agua parecía haber ensuciado, no lavado, el paisaje desguzado de donde la ciudad pierde su nombre. Charcos, casi lagunas, cercaban construcciones remendadas, y de pronto, como en un milagro de la pobre tierra, sobre un montículo de fango emergía un ramo de flores frescas. Allí habían encontrado el cuerpo de Pasolini, y allí brotaban cotidianamente, no se sabe si de las manos o de la tierra, las flores de homenaje a un luchador porque la Historia la podamos escribir todos con minúscula, como si fuera nuestra. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.



# A PARTIR DEL PROXIMO NUMERO

en

## triumfo

LA EDUCACION.

Carlos París

PROBLEMAS CONSTITUCIONALES.

Joaquín Ruiz Giménez

DERECHOS HUMANOS.

Enrique Tierno Galván

MEDICINA Y TRANSICION.

J. A. Valtueña

EL CAPITALISMO ESPAÑOL.

Julio Segura

y José Luis García Delgado

UNA TAREA LEGISLATIVA.

Gregorio Peces Barba

HACIA EL DIVORCIO.

Luis Zarraluqui

LOS PROFESIONALES.

Victor Márquez Reviriego

PORTUGAL.

Manuel Leguineche

LA ALTERNATIVA CULTURAL.

M. Vázquez Montalbán